

Verónica Forqué es una de las mejores y más naturales de nuestras actuales actrices, tanto en el panorama teatral y televisivo como de nuestro cine, hoy en día premiado y reconocido en toda Europa. Cuando le pedimos una autodefinición, nos responde con esa espontaneidad que le caracteriza:

«No me gusta cómo es la gente al volante»

—¡Huy, madre! Imposible.
—¿Por qué?
—Porque una persona es algo muy complicado y muy raro como para poder definirla así, con un sola palabra. Yo sería incapaz ni de definirme a mí ni a nadie más, ni a ninguna otra persona.
—¿Te sientes feliz con tu profesión?
—Sí, totalmente. Es una profesión dura, muy sacrificada, pero que te da muchas alegrías.
De todas maneras, Verónica Forqué no ha



llegado a esta profesión de actriz, de artista, sin saber lo que era, ya que en su casa lo ha vivido y sentido. Su padre, José María Forqué, es hombre vinculado a nuestro cine desde siempre. Pero nuestra conversación se deriva ahora hacia otros derroteros, concretamente por el complicado mundo de nuestro tráfico de cada día.

—Yo conduzco, pero muy poco, porque no me gusta nada. La verdad es que procuro conducir lo menos posible, y suelo usar poco el coche.

Tras esta negación de Verónica Forqué le volvimos a preguntar que si no utilizaba el coche ni en ciudad ni en carretera. Y nos volvía a aseverar:

—¡Muy poco, muy poco! No me gusta conducir, ni me gusta nada el tráfico, ni los semáforos, ni la actitud que en general tiene la gente al volante. No, no me gusta.

—Si no te gustan los coches ni la conducción, lo pasarás mal cuando vas al volante...

—No, tampoco es que lo pase mal; sencillamente, lo evito y procuro ir en taxi. Me resulta mucho más cómodo. Sobre todo el aparcar, para mí, es una tortura.

—¿Haces viajes por carretera en coche o prefieres algún otro medio de transporte?

—Sí, he hecho muchos viajes largos en coche, pero no conduciendo yo. Y, desde luego, el medio de locomoción que más me gusta es el tren.

Cuando nos responde esto, se le nota una expresión de complacencia en sus grandes y bonitos ojos. Y le pedimos su opinión sobre el tráfico nuestro de cada día, tanto en ciudad como en carretera.

En ciudad, el gran problema es el número de coches, que es excesivo. Bueno, hablo de Madrid, ya que no conozco otras

ciudades con respecto a este tema. Pienso que es un problema grave, porque hace que la vida en la ciudad sea todavía mucho más dura, más farragosa, más fastidiosa de lo que podría ser. Y, bueno, es un problema que me parece importante y al que habría que buscar soluciones ya. Supongo que el Ayuntamiento se planteará estos problemas mucho más que yo y buscará soluciones, pero la verdad es que no se ven. El tráfico de Madrid resulta realmente insufrible a cualquier hora del día y eso es una cosa muy mala para el ritmo de la ciudad y de sus habitantes.

«SER MAS PRUDENTE»

—Y en cuanto a carretera, ¿cuáles son tus opiniones y experiencias?

—En lo que se refiere a carretera, pienso que la gente debería ser mucho más prudente de lo que es. En general, se tiende a correr demasiado, a adelantar cuando no se debe, y de hecho, la mayoría de los accidentes pienso que son por imprudencia de la gente.

Se pone trascendente y seria, razón no le falta. Pero los actores, especialmente los de teatro, son habituales de la carretera, por aquello de las giras, en las que siempre surgen anécdotas y se cosechan experiencias. Verónica Forqué también las tiene y nos relata la última de ellas:

—Yo he hecho muy pocas giras y de verano ninguna. El año pasado sí hice una bastante larga, que duró desde febrero a mayo, prácticamente por toda España. Estuvimos en Andalucía, Galicia, Alicante, Zaragoza, etcétera. Recorrimos todas esas provincias en coche, Manolo Galiana, mi compañero, y yo, que éramos los dos únicos actores de la compañía. El conducía y yo iba como una reina, a su lado; y muy bien, ya que es muy buen conductor y muy prudente.

En este largo camino en el que iban de un lado para otro representando la comedia «¡Ay, Carmela!» no hubo problema, pero sí la anécdota cargada con un poco de suspense:

—Efectivamente, no tuvimos ningún problema, pero sí pasamos un poco de miedo cuando íbamos por la provincia de Zaragoza, por las zonas de Tauste y de Belchite. Era el mes de marzo y había nevado. Nos asustamos bastante, ya que eran las dos de la madrugada e íbamos por unas carreteras que cada vez subían más y más, y según avanzábamos nos encontrábamos más nieve y más niebla. Y la verdad es que hubo un momento de

bastante pánico. Pero fue, en el fondo, muy gracioso, porque estábamos representando «¡Ay, Carmela!», en la que dos cómicos se pierden en la niebla y son atrapados por las tropas nacionales, y nuestra situación real de esa noche tenía similitud con la ficción de esa función de teatro. Aunque no corriamos peligro de ser atrapados por ninguna tropa, pero sí por la niebla, la nieve y por la desorientación que teníamos. Nos hizo recordar la situación de los personajes y fue bastante gracioso.

—Esto en cuanto a teatro. Y en cine, ¿has tenido alguna experiencia de algún otro tipo y relacionada con el tráfico o los coches?

—Sí, rodé un «spot» en el 87, con Alfredo Landa, precisamente para Tráfico, en el que recomendábamos prudencia.

—Tú que das una imagen, a través de tus personajes, de persona bonancible, cándida, tranquila, simpática, amable... ¿te sueles alterar cuando estás en un atasco y ves que no llegas a esa cita?



Con Antonio Resines. Una pareja encantadora para «El baile del pato».

—No, no me pongo muy nerviosa. Me lo tomo con calma, porque es la manera más sana de tomárselo, y por eso procuro coger poco el coche. Pero vamos, no soy de las que pega gritos ni pierde los nervios.

«CÁNDIDA, SENCILLA... Y CON GENIO»

Tampoco pierde la calma, pese a haber tenido un año importante en lo que a trabajo se refiere:

—Sí, este año que acaba de pasar ha sido de mucho trabajo, afortunadamente. Primero hice la gira de la que hemos hablado antes, en el verano rodé con Fernando Colomo la película «Bajarse al moro», después estrenamos en Madrid «¡Ay, Carmela!» y terminé el año haciendo otra película, «El baile del pato», di-

rigida por Manuel Iborra. Así que ha sido un año completo.

—¿Y qué sientes cuando trabajas y luego te premian por tu labor?

—Da mucha alegría recibir premios y les quiero mucho. Me encanta tenerlos y estoy llena de agradecimiento hacia las personas que me los han dado.

—¿Sientes una mujer querida por el público?

—Sí, es una sensación muy agradable y me siento querida por el público.

Verónica Forqué es en realidad tal y como aparece en la mayoría de sus personajes: una persona cándida, simpática, agradable, sencilla y con la virtud de caer bien a todo el mundo.

—Bueno, sí, algo de eso hay; pero también tengo mucho genio. Lo que pasa es que procuro no sacarlo. Pero lo tengo.

—¿Te molesta la carga de la popularidad, y que en muchas ocasiones la gente te aborde para pedirte autógrafos, saludarte o comentarte cosas sobre tu trabajo?

—Hay momentos en los que preferiría pasar inadvertida, pero como eso no es fácil, pues bueno... la verdad es que no me molesta.

—¿Qué mensaje darías desde las páginas de la revista TRAFICO, a los que conducen?

—Que sean muy prudentes, que piensen realmente que el coche y la carretera son peligrosos, y que cuando se pongan a conducir extremen la prudencia.

—Y con respecto a la red vial, ¿les dirías algo a los responsables de su trazado y conservación?

—Más que a los de la red de carreteras, respecto a Madrid, que pienso que es lo más problemático, para que se solucionen el problema del tráfico. No sé qué sistema ha-

brá, pero, desde luego, alguno que haga que esta ciudad sea más habitable, porque se está volviendo insufrible. Por otra parte, creo que las carreteras no están mal en España, en este momento. Para lo que está el país, las carreteras están bien. Son las personas. Es fácil echar la culpa siempre a algo, pero son las personas las que son imprudentes, y por eso hay tantos accidentes.

Así es y así se expresa Verónica Forqué, con la que conversamos y no tuvimos ningún accidente, pese a hacerlo entre focos, figurantes, claqueta, cámara y toda la tramoya que lleva todo rodaje de cine. Y siempre con miedo, no por ella que es dulce y encantadora, sino por dar un mal paso o ser un patoso, ya que allí se rodaba... «El baile del pato». ¡Silencio! ¡Cámara, acción!... Se rueda..., pero, por favor, con prudencia. Se lo dice Verónica Forqué.

Miguel Angel YAÑEZ